

callan, a través, preferentemente, de los documentos literarios, es una esencial operación para alcanzar el sujeto de la historia: la vida humana y sus auténticas significaciones, en un tiempo dado y en el curso de los tiempos (6).

Una notable prueba de las posibilidades de sus métodos resulta de lo ocurrido a Castro con el caso de Luis Vives, uno de los más

---

(6) Agustín G. de Amezá, docto cervantista y escritor de muy discreta pluma, ha negado profusamente la hipocresía de Cervantes, pero ocurre que la imprudente simplicidad de sus presuposiciones le hace juzgarla incompatible—según escribe—con el «Cervantes honrado y noble que todos conocemos» (*Cervantes, creador de la novela corta española*, tomo I, Madrid, 1956, p. 135). Amezá llega, en sus páginas, a estos extremos: Cuando Don Quijote se interna en Sierra Morena, y se dispone a hacer penitencia y entregarse al rezo advierte que carece de rosario, «En esto—escribe Cervantes—le vino al pensamiento cómo le haría, y fue que rasgó una gran tira de las faldas de la camisa, que andaban colgando, y dióle once ñudos, el uno más gordo que los demás, y esto le sirvió de rosario el tiempo que allí estuvo, donde rezó un millón de avemarías» (I, cap. 26). Así consta en la edición príncipe, mas en la de Cuesta, de 1608, y la mayor parte de las posteriores la han seguido, se sustituyó lo citado por: «Y sirviéronle de rosario unas agallas grandes de un alcornoque, que ensartó, de que hizo un diez». Pues bien, Amezá agrega este sincero y romo comentario: cuando Don Quijote echa de menos el rosario «su falta, pues, obligale a hacerse uno. En su primera redacción se sirve para ello de las faldas de su camisa; pero luego, al publicarse el libro, advierte Cervantes que esta forma de fabricarlo podía tomarse a irreverencia, y entonces la altera del modo dicho. Mas, cuando redactó su primera versión de este episodio, ¿hubo en él propósito, intento deliberado de burlarse de esta devoción mariana, tan practicada entonces por los españoles, utilizando una prenda tan íntima y seguramente nada limpia como la camisa del andante caballero? La corrección inmediata por Cervantes o consentida por él parece dar a entender que no, que fue un descuido involuntario de su pluma (el subrayado es mío), que no pensó que pudiera tomarse a mala parte y en menoscabo de esta práctica religiosa, bendecida y tan recomendada por la Iglesia» (*Ibidem*, p. 170).

Con razonamientos igualmente simples impugna prolijamente Amezá, en su largo estudio, el erasmismo de Cervantes, y, al parecer, olvida la cita de Menéndez Pelayo, que antes recordé. Pero quiero, a la vez, reconocer que en el análisis de las huellas de Erasmo en Cervantes también se ha llegado, aunque con opuesta intención, a afirmaciones inconsistentes. Antonio Vilanova publicó un libro sobre *Erasmo y Cervantes* (Barcelona, 1949), que no he obtenido, y en el que, al parecer, rastrea influencias, pero, en su aportación al volumen colectivo *Collected Studies in honour of Americo Castro's 80th year* (Oxford, 1965), «La Moria de Erasmo y el prólogo del Quijote», puntualiza nueve precisas coincidencias entre esos textos ninguna de las cuales resiste, a mi modesto juicio, una desapasionada reflexión. Permítaseme aludir a una: el por qué Cervantes se dice «padraastro del Quijote». «Es casi seguro que Cervantes, al afirmar[lo]...—escribe Vilanova—tuvo presente una idea de Plinio (*Historia Natural*, VII, I), muy divulgada por el humanismo del Renacimiento y recogida en el siguiente pasaje de la *Moria*, de Erasmo, que le confirió burlescamente un nuevo sentido...» (p. 425). Sospecho que la putativa paternidad que se atribuye Cervantes procede de muy otras motivaciones, y por cierto que muchísimo más complejas y menos mecánicas. Me refiero a la estructura pirandelliana, *avant la lettre*, de la composición del *Quijote*, al «distanciamiento»—por decirlo en términos brechtianos, aún más actuales—que se toma Cervantes con sus personajes, y a los involucrados juegos de introducir lo novelesco como tal en el tejido de lo que ya es novela, sin perjuicio de dar a ésta por historia real, y en la que, para colmo, los personajes de ficción reflexionan sobre el autor que va estampando la fábula de sus propias aventuras inacabadas; así lo hacen Don Quijote y Sancho, y también Ginés de Pasamonte. Pero, sin asomarnos siquiera a este gran tema, y a los logros obtenidos por Cervantes, sin duda que por inspiración y también por cálculo felizmente trenzados, quiero recordar que al final del cap. VIII (1.ª parte) se apoda Cervantes a sí mismo de «segundo autor desta obra», y creo que por las mismas razones que ahí se trans-

egregios españoles de todos los tiempos. Partiendo de la mera lectura de sus escritos, observando afirmaciones y ausencias y tonalidades de su actitud, adelantaba Castro la firme sospecha de su linaje semita (en *España en su Historia*, Buenos Aires, 1948), orientado por la nueva perspectiva a que le habían conducido sus averiguaciones: «Su religiosidad y estoicismo ultrapasados, su mordaz agresividad, su pesimismo y su melancolía—concluye Castro—son rasgos todos ellos que adquieren sentido dentro del género “hombre-hispano-judaico”, lo mismo que las formas de un estilo artístico se incluyen dentro de la tradición de su género literario» (p. 684). Pero incluso Antonio Domínguez Ortiz, autor de un notable estudio sobre *La clase social de los conversos en Castilla en la Edad Moderna*, antes citado, y que a juzgar por su motivación (que declara en sus «Palabras preliminares»), debiera hallarse más sensibilizado, no lo estima verosímil (p. 164). Mas luego ha sobrevenido la confirmación documental publicada en el libro *Procesos inquisitoriales contra la familia judía de Juan Luis Vives* (Madrid, 1964), editados por Miguel de la Pinta Llorente (O. S. A.) y José María de Palacio (por indirecta incitación de Américo Castro), en cuyas páginas se confirma que Juan Luis Vives (prototipo de filósofo *español* para un Menéndez y Pelayo) era de linaje de judaizantes por todos los cuatro costados (como su mujer, con la que casó en Brujas, lo era de conversos), y que, por tanto, se impone una reconsideración de su biografía y de sus ideas y creencias. Ni que decir tiene que para quienes estiman que los hispanohebreos, como los hispanoárabes, los hispanocristianos, los hispanocatólicos y los hispanos no avenidos con ninguna religión positiva son no menos españoles unos que otros, la noticia—un terremoto para otros—no tiene por qué suscitar la menor inquietud.

Lo que estas revelaciones sí aportan es una durísima acusación a la Inquisición española de entonces: juzga José María de Palacio,

---

parentan (que sería impertinente analizar aquí) se califica en el Prólogo de «padraastro del Quijote». Por otra parte, influencia o coincidencia, es claro que el *Elogio de la locura* y *Don Quijote* pertenecen a una misma familia de inspiración, aunque vertida por el canal de muy diferentes personalidades.

Y perdónese me agregar todavía a estos apuntes con profusión anotados, por último y al texto en galeradas, este dato. La casualidad me hace encontrar, en un puesto de libros viejos, un ejemplar de la colección de ensayos publicada por Valera, donde por primera vez se edita su discurso sobre el *Quijote*. Lleva el libro un prologuillo (no reproducido en las *Obras completas*), en el que Valera dice: «Tal vez hay obrillas en esta colección que son lo mejor que yo he escrito en mi vida, y desde luego lo es, en mi sentir, mi discurso sobre el *Quijote*. El solo, anotándole como fácilmente pudiera hacerse, formaría un tomo de lectura. Prefero, no obstante, que cada lector le anote por sí, a fin de que el discurso no pierda el mérito de espontáneo y conciso» (*Disertaciones y juicios literarios*, Madrid, 1878, p. VI). No se piense, pues, que solicito sus textos en busca de segundas intenciones cuando tan claramente Valera se vale de estos gestos retóricos para prevenir la curiosidad del buen entendedor.

quien parece conocer bien el paño, que abrasado en la hoguera el padre del filósofo en 1524, la razón que determinó el proceso a su madre en 1528-30 (la cual, fallecida en 1508, resultó póstumamente condenada a que sus huesos fuesen exhumados y también quemados), «sólo podía tener como finalidad práctica la incautación de sus bienes...!»; rapacidad que más parecería judaica—según el tópico—que propia de tan teológicos tribunales. Y, por otra parte, aportan nuevos y sustanciales problemas a plantearse en la interpretación de la compleja personalidad de Juan Luis Vives, que se torna aún más enigmática y replegada, y sobre el alcance de sus juicios y doctrinas.

Refiriéndose a Diego Velázquez, escribió Ortega sagazmente que bajo sus apáticas apariencias vivió un luchador inflexible (*O. C.*, VIII, 503), pero se engañó en cambio respecto a Vives. Las penetrantes páginas que le consagró requieren ser rectificadas desde la esencial advertencia de que, en mayor grado, bajo la cotidianidad de sus laboriosas jornadas también ocultó Vives una existencia superlativamente dramática (a las cremaciones citadas añádase la de su tía—política— Castellana Vives con su hijo Miguel en 1501, y la de sus tíos—carnales— Leonor en 1513 y Jerónimo en 1534, para representarnos la trémebunda y humeante estela familiar del pacífico humanista ahora descubierta) (7).

La negativa de Vives a aceptar la sucesión de Nebrija en la cátedra de Alcalá, pese a las instancias de Juan de Vergara, notorio erasmista y buen amigo suyo, y a la solicitud tan deferente del Claustro de la misma—suceso crucial en su biografía—, resultaba, por ejemplo, inexplicable. Mas ahora, aproximando esas fechas—1522—y las malísimas noticias que debieron llegarle de Valencia, es harto probable que ellas le forzaran a rehusar el arriesgarse a tornar a España. Sus cartas a Francisco Cranevelt son reveladoras. Lorenzo Riber, que las tradujo e incluyó al final de su edición de *Obras completas* (Madrid, dos volúmenes, 1947 y 1948), cuando llega a esos textos al cabo de traducir toda

---

(7) Sería por cierto distracción excesiva que el lector experimentase la vanidad de no pertenecer a aquellos feroces tiempos: por ejemplo, cuatro hermanas de Sigmund Freud, por su linaje judío, fueron asesinadas en reciente fecha. (Véase el *Epistolario* de S. Freud, Madrid, 1963, p. 504). El interés del estudio de Ortega acerca de Vives (*O. C.*, IX) permanece, sin embargo, casi entero, pues sus valores residen, fundamentalmente, en el método de sus interpretaciones. Por ello, las varias biografías que Ortega dibujó son convincentes y parecen acertadas: porque son rigurosamente verosímiles; pues nos ofrecen algo que, en efecto, responde al argumento de una posible vida; aunque sus hipótesis puedan juzgarse erradas. En mi libro *Velázquez y la imagen de la existencia* (en preparación) espero hacerlo ver en algún caso. Partes del mismo he adelantado en las páginas de esta revista, «La apotheosis de unas hilanderas», n.º 132, diciembre 1960, y «La vocación de Velázquez», n.º 140, agosto 1961; otras, «El estilo vital de Velázquez», en *Cuadernos*, París, n.º 46, enero, 1961; «Unas hilanderas musicales», en *Revista de Ideas Estéticas*, n.º 74, abril 1961, y «Etimologías y etimografías», en *Insula*, n.º 169, diciembre 1960.

la obra del filósofo, no puede ocultar, aunque la rebaja, su perplejidad: «En este valioso epistolario —escribe— aparece un Vives no sustancialmente distinto del que muestran sus obras, pero con algunos toques enérgicos como de aguafuerte» (II, p. 1739). Lo que ocurre es que ha desaparecido la hipocresía (también heroica), y eso que la factura del texto sigue atenuando la sinceridad al expresarse siempre con retóricas de humanista y además en griego, para mayor *claridad*, cuando es más peligrosamente espontáneo; por ejemplo, cuando se refiere al *sacco di Roma* (16,VIII,1527). El 2 de diciembre de 1524 —recuérdese la fecha antes citada y el tiempo que tardarían las misivas desde España en mano segura— dice a Cranevelt: «Mis asuntos de España son tristísimos... Aun en el momento de escribir esto, llegóme la noticia de la muerte de un tío mío muy amado, que cuidaba de nuestra casa con diligencia no menor que la suya propia» (p. 1762), pero hoy sabemos que en ese tiempo no falleció ningún tío suyo sino que su padre fue relajado y quemado (8). Es, pues, forzoso leer entre líneas, incluso en cartas privadas.

No hay que decir, aunque lo digo por si acaso, que tales investigaciones han de complementarse con las otras tradicionales, y verter todas en una comprensión que las integre en una historia total, sin adjetivos, cuya elaboración es la meta de la «conciencia histórica» de nuestros días, y de la que aún no existe ningún granado ejemplo, pero sí, y es mucho, la razonada pretensión de edificarla.

Las páginas de Castro que motivan este apunte versan concretamente sobre Cervantes a través del legado de sus escritos. Pero su más propio y ambicioso propósito es, sin duda, el ir contribuyendo a la construcción de esa posible historia, en lo que hace al «nosotros» de los españoles, sobre la que el maestro Menéndez Pidal—su concepto de «estado latente» se funda en la conciencia colectiva *viviente*— y su escuela han adelantado tan logrados trabajos. Es obvio que la novedad

---

(8) Sorprende que Miguel de la Pinta Llorente (O. S. A.) y José María de Palacio se refieran a ese epistolario exclusivamente por la cita que del mismo publicó Américo Castro en *La realidad histórica de España* (México, 1954, p. 551). El P. Miguel de la Pinta incluso no lee bien la cita de Castro (obra citada, p. 31) y parece atribuir a Vives una interpolación de Castro, a su vez, un tanto compleja: la *Fortuna* a que Vives se refiere en esa y en otras cartas es el concepto que a ese término corresponde en un humanista como él, la cual, en un momento determinado y especialmente funesto puede verse representada por la faz de la Inquisición española, pero en accidental coincidencia. Precisamente, la reiteración y ambigüedad con que la «Fortuna» aparece en este epistolario de Vives, y su contraposición al «Supremo Hacedor» (carta del 25, I, 1525), me parecen capaces de podernos conducir hacia algo muy profundo de sus creencias. Pero esa delicada interpretación requeriría el manejo del original latino, pues la versión de Lorenzo Riber, excelente respecto de las obras *publicadas* por Vives, no sabe leer «entre líneas» al moverse en erróneos supuestos, ni aun quizá las líneas de esas tan domésticas misivas. Una hermana de Vives salió de España y residía con Cranevelt en 1526 y 1527, según se desprende de la correspondencia de esas fechas.